

Sidrerías

Ya está la sidra nueva en las kupelas, para que la prueben, la califiquen y la ingieran los incondicionales de la rubia bebida. Ahora vendrán las discusiones sobre si es más «bonita» la que han tomado en Astigarraga que la que probaron en Ergobia o en Munto. Y con el buen tiempo podrán sair a las cercanías de San Sebastián para merendar, beber la sidra y luego si se tercia, cantar.

Parece que en los últimos años ha renacido la afición por la sidra y se han abierto algunas «sagardoteguis» en la ciudad, pero todavía su número es infinitamente inferior a las que había hace un siglo. Entonces, principalmente en la Parte Vieja, abundaban y las había en las calles del Angel, Pescadería, Juan de Bilbao, plaza de las Escuelas, Embeltrán, Mayor, 31 de Agosto, subida al Castillo... Generalmente estaban en bodegas y solían ser lugares incómodos, húmedos, llenos de olores y humos pero eso no les importaba a los sidreros que esperaban junto a las cubas a que el buen tiempo les permitiera acudir a las sidrerías próximas a la ciudad, a «Galtzara», a «Erramunenea», a «Borroto» a «Kachola».

José María Salaverri describió aquellas sidrerías de la Parte Vieja conostierra de hace un siglo en este párrafo: «En invierno, cuando el firmamento se deshace en lluvia, cuando el vendaval anda por las esquinas soplando y rugiendo, el sidrero se ve obligado a meterse en las sidrerías urbanas. ¡Qué tristeza allí dentro! Es una bodega húmeda; las paredes están llenas de churretes negros; el lugar que dejan libre los enormes toneles ocupan unos cuantos pescadores; huele a sardina vieja y a sidra rancia; el piso está pringoso, resbaladizo; hace frío, un frío que se cuela en los huesos; junto a la cuba, una mujer llena los vasos que le piden y en los paréntesis hace calceta. 'Bota bosgarrena', dice un bebedor. La mujer le llena el quinto vaso, y el bebedor se lo trinca de un solo resuello».

En estas sidrerías urbanas no faltaban los bersolaris y a una que había en la calle Pescadería solía acudir el bardo donostierra Indalecio Bizcarrondo «Bilinch» que tras las meriendas y libaciones de rigor era requerido para que diera muestra de su inspiración, a lo que siempre accedía el poeta. Si la clientela era gente de mar, siempre había algún acordeón y un pescador tecleaba sus nostalgias entre el rumor de las conversaciones de los otros bebedores.

Las que había en las proximidades de San Sebastián eran frecuentadísimas con el buen tiempo y allí, además de merendar y beber, de retozar por la hierba del prado próximo, se jugaba a la toca y se volvía a beber antes de regresar a casa con la felicidad en el cuerpo y alguna niebla pasajera en la mente.

Cuenta Bonifacio Echegaray que en algunas sidrerías de la costa existía la costumbre ya desaparecida que era una muestra de respeto a los mayores. «Si había ancianos dentro de la sidrería, no podían los jóvenes penetrar en ella. Quedaban a la puerta y uno de ellos entraba en el antro con la cabeza descubierta, en señal de respeto a la senectud que allí se hallaba congregada; tomaba el joven la sidra que él y sus compañeros iban a consumir, y salíase por el foro tal como entró».